

Recomendaría al lector comenzar este libro por la Conclusión, doce preciosas páginas, las mejores del libro, con las que comulgo plenamente. Porque luego su lectura puede dejar la impresión de que el libro se sitúa en esa línea de espiritualidad “light”, hoy tan de moda y tan sintomática. Pero con una referencia muy constante a Jesús que lo libra de las acusaciones hechas a esta forma de espiritualidad o de psicologismo. Su pretensión es llegar a una “comunicación no violenta” (el autor escribe desde México), lo cual implica el desarrollo de una nueva conciencia y la conquista de una libertad auténtica (la libertad para el amor) que nos llevarían a relacionarnos como Jesús. El libro tiene páginas que ayudarán aunque en esto de la psicología, las recetas teóricas siempre son mucho más eficaces que su práctica concreta y mi experiencia ha sido que ayudan más los testimonios que las recetas (muy útiles por ejemplo las citas de Etty Hillesum). Porque si no, de tanto decirle al lector que puede librarse de sus dolores y que esto es bien fácil, acabamos haciendo que se sienta culpable si no lo consigue y aumentamos así su dolor. Por otro lado, en un mundo tan cruel como el actual temo que el lector saque la convicción de que todo el mundo anda muy necesitado de autoestima, cuando en realidad, buena parte de nuestra humanidad padece una hiperinflación de la autoestima que quizá tiene que ver con la baja autoestima de los otros. O que todo el mundo necesita librarse de falsos complejos de culpa cuando, en realidad, una buena parte de nuestra humanidad lo que necesita es reconocer su responsabilidad en la actual situación mundial (al leer sus consejos en este punto me preguntaba: la paulina justificación por la fe ¿no tendría nada que decir aquí?). Todo eso no son críticas al autor sino expresión de mi perplejidad de lector: porque en estos campos suele pasar que quien se aplica determinados consejos es, precisamente, el que menos los necesita. Por mostrar alguna disensión con el autor, señalaría el consejo repetido de buscar debajo de cada conducta errónea las “necesidades” que se expresan a través de ella. Creo que haría falta ahí una clara distinción entre necesidades auténticas y falsas necesidades o deseos (creados por la misma sociedad de consumo). Es cierto que el autor distingue una vez entre necesidades y “estrategias” pero no me parece suficiente. Tampoco me acaba de satisfacer el consejo de una mirada objetiva sobre las cosas “pero sin juicio”. Me temo que el juicio forme parte de esa objetividad en la mirada, y que lo que hay que buscar es un juicio que no afecte nunca a las personas sino solo a conductas o situaciones. Dicho con una síntesis un poco caricaturesca: es muy positivo el empeño de buscar comportarse como Jesús; no sé si lo es tanto el juntar ese empeño con textos norteamericanos de autoayuda. Aunque siempre se ha dicho que la presencia hoy de tantos textos de autoayuda es síntoma claro de una enfermedad social.

J.I.G.F.